

LO QUE APRENDEN LAS MADRES

NAOMI STADLEN

LO QUE APRENDEN LAS MADRES

Sin que nadie se lo enseñe

Traducción de Montserrat Asensio

Familia y crianza

DIANA

CAPÍTULO 1

Un trabajo inteligente

Muchas veces, cuando una mujer se convierte en madre, tiene la sensación de haber cruzado una línea invisible. En el lado donde solía estar se veía a sí misma como un miembro respetado de la comunidad profesional. Pero ahora se descubre de repente al otro lado, aún desconocido, el de las madres, en el que se da cuenta de que tiene que trabajar muchísimo para atender a su bebé y aun así ha perdido su estatus como persona que «trabaja».

Mis amigos no entienden qué hago en casa todo el día. Me dicen cosas como «ahora podrías buscarte un *hobby*». [niña, 2 meses]

Las madres recientes que están de baja de maternidad se sorprenden de la frecuencia con que les preguntan cuándo volverán a trabajar. Además, la gente suele preguntarlo con un tono de voz ligeramente impaciente, como si pensarán que cuidan del bebé para evitar el trabajo «de verdad». También es cierto que otras veces les dicen: «Ser madre es el trabajo más duro del mundo». Sin embargo, ¿lo creen así en realidad?

Hay quien expresa abiertamente lo que piensa:

Fui al despacho y mi jefe me preguntó cómo estaba. «Bueno, ya sabes, cuidar de dos niños pequeños es un trabajo muy duro», le dije. A lo que

me respondió: «¡Vamos, hombre! Eso no es trabajar. Si solo tienes que cambiarle unos cuantos pañales». [niña, 3 años; niño, 8 meses]

Tanto la madre como su jefe hablaban de «trabajo», pero él se apropió de la palabra con firmeza y desafió a la madre para que admitiera que ella se había equivocado al usarla. Son muchas las personas que comparten esta misma postura, aunque quizás no la manifiesten de un modo tan directo.

Para las madres, verse desde esa perspectiva puede ser muy desalentador.

Estar en casa con las niñas todo el día hace que me sienta insignificante. ¿De qué voy a hablar? Mi marido llega a casa y me explica que ha gestionado transacciones por valor de millones de dólares. Y yo solo he estado cuidando de dos niñas. [niña, 3 años; niña, 2 meses]

La postura de esta madre es comprensible. Basta con que nos fijemos en cómo hablamos de las madres para hacernos una idea del concepto que tenemos de ellas en la actualidad. Llamamos «madre trabajadora» a la madre que, además de criar a su hijo, trabaja en otra cosa. Sin embargo, cuando está con su hijo (a veces después de una larga jornada laboral y con muchas posibilidades de que el niño interrumpa su sueño nocturno si la necesita), decimos que está libre o que tiene tiempo libre. Que no está trabajando. O quizás esté de «baja de maternidad», que suena como si estuviera de vacaciones, pero con un bebé. Entonces decimos que está «inactiva» o «desocupada», o que «no es productiva». De esta manera tan burda, nuestro lenguaje transmite el mensaje de que las únicas que aportan algo son las «madres trabajadoras»; y, por supuesto, solo durante la jornada laboral. Esto significa que cuando las madres están con sus hijos, ya sea durante toda la jornada o solo en parte, la percepción es que no están haciendo un trabajo valioso.

A veces, las personas que van corriendo al trabajo ven a grupos de madres sentadas en las cafeterías. La mayoría tienen bebés con ellas y algunas acaban de dejar a los hijos mayores en la escuela. Una

periodista puso palabras a una de las críticas que se les dirige con frecuencia:

Cuando dejan a los niños en la escuela, grupos de mujeres [es decir, madres] se reúnen y se toman un café con leche desnatado... Usar la excusa de haber dado a luz hace una eternidad para no volver a hacer nada productivo durante el resto de tu vida no te convierte en una madre a jornada completa... te convierte en una holgazana rematada.¹

Podríamos defender a las madres argumentando que tienen derecho a descansar para tomarse un café, al igual que cualquier otro trabajador. Pero ¿de qué se supone que tienen que «descansar»? ¿En qué han sido productivas?

Normalmente, si se les pregunta por ello, las madres nos dan una lista de las tareas prácticas que llevan a cabo. Aparte de que solo son una explicación parcial de lo que supone criar a un hijo, estas listas le restan importancia, porque lo reducen a «preparar pasta y limpiar mocos», en palabras de una madre,² o «limpiar, hacer magdalenas y dar el pecho sin parar», según otra.³ Incluso Allison Pearson, madre, escritora y apasionada defensora de las madres en la prensa, describe que el trabajo de una madre está muy orientado a las tareas y es, con frecuencia, «soporífero». Su lista incluye «... el ignorado, poco reconocido y, con frecuencia soporífero trabajo que millones de madres llevan a cabo cada día, porque es la mujer la que tiene en la cabeza el rompecabezas familiar: ese gran rompecabezas tridimensional de cumpleaños, números de pie, almuerzos, comidas nutritivas, conciertos escolares y varicela».⁴

Visto así, el trabajo de una madre parece una larga sucesión de tareas prácticas diarias, que, en opinión de Pearson, apenas se le reconocen. Adrienne Rich lo expresa muy bien en su obra pionera *Of Woman Born*: «No se considera que las mujeres que se quedan en casa con sus hijos [es decir, las madres] hagan un trabajo de verdad».⁵ Da la impresión de que el trabajo de la madre se limita a llevar a cabo tareas domésticas para sus hijos. Algo necesario, pero muy poco

emocionante. Una carrera profesional se asocia a un trabajo de verdad con el que se gana un salario y el respeto de los demás.

Esta fue la conclusión a la que llegó Rebecca Asher, la autora de *Shattered: Modern Motherhood and the Illusion of Equality*. Afirma que ambos progenitores deberían estar dispuestos a compartir de forma equitativa las tareas de la crianza, y lo contrapone a su propia experiencia de crianza no compartida, que describe como una «esclavitud penosa y no reconocida»⁶ en aras de «nuestros dioses infantiles».⁷ Escribe: «Llevaba a mi hijo a clases de matronatación y lo introducía en el agua como fuera a lavar una prenda de ropa delicada, mientras él pestañeaba para sacarse el agua de los ojos y miraba, impasible, al frente».⁸

Visto así, tenemos a una mujer inteligente sumida en el aparentemente aburrido mundo de la crianza de los hijos, donde no hay nada lo suficientemente interesante ni nada que le llame la atención. Sin embargo, visto desde otra perspectiva, nos encontramos ante una oportunidad perdida. Ahí está ella, con su bebé, pero no parece que lo trate como a un ser humano. Parece raro que lo compare con «una prenda de ropa delicada». Describe la clase de matronatación como si fuera otro acto de esclavitud más. Si el bebé «miraba, impasible, al frente», es muy posible que no estableciera contacto visual con él.

Describe así su periodo como madre reciente:

Tras una vida ocupada y llena de sentido, ahora habitaba un universo donde, aparte de las tareas mortalmente repetitivas centradas en la alimentación y la limpieza de mi hijo, el fin de toda actividad era tan solo hacer pasar las horas. Me debatía entre un ansia desesperada de que me dieran consejos para conseguir que mi hijo durmiera y un aburrimiento que me hacía estallar la cabeza al abordar ese mundo limitado y absolutamente centrado en el bebé.⁹

¿Acaso es esta la única realidad posible de la maternidad? ¿Acaso ser madre significa entrar en un mundo «limitado»? ¿Y tiene que estar «absolutamente centrado en el bebé»? ¿No podría ser una vida que madres y bebés compartieran? En un mundo compartido, el tra-

bajo de la madre podría ser todo lo contrario a un «aburrimiento que haga estallar la cabeza». En vez de eso, a Asher le estallaría la cabeza de tantos retos que se le plantearían.

Mary Wollstonecraft, la enérgica escritora del siglo XVIII a la que, con frecuencia, se describe como la primera feminista británica, defendía apasionadamente que las mujeres se desarrollaran y desplegaran todos sus talentos. En sus palabras, «para ser buena madre, una mujer ha de tener sentido común, y... una mente independiente».¹⁰

¿Qué tendrá que ver una «mente independiente» con cambiar pañales y el resto de «tareas mortalmente repetitivas» y rutinarias que implica cuidar de un bebé? «Pensamos de otra manera», concluyó Sara Ruddick, la filósofa feminista que escribía y daba clases sobre el pensamiento maternal.¹¹ Explicaba que «la labor materna obliga a las madres a pensar; y de esta necesidad de reflexión emerge una disciplina especial».¹² Otras mujeres han hecho observaciones similares: «Ser madres nos da más cosas en que pensar», escriben Camille Peri y Kate Moses en *Mothers Who Think*, la antología que editaron.¹³ «Los niños te obligan a tener el cerebro activo», observó Katherine Ellison, autora de *Inteligencia maternal*.¹⁴

Pensar no es un lujo exclusivo de las madres modernas y con un nivel educativo elevado. «Pienso mucho —escribía una madre anónima hace más de un siglo—, pero no lo puedo expresar, porque tuve que dejar de estudiar a los diez años para trabajar en la granja.»¹⁵ Y en 2008, tres investigadoras estadounidenses publicaron los resultados de un estudio en el que habían observado a una muestra de madres y niños en sus hogares. El título del artículo revela la conclusión del estudio: «Mothering: Thinking is Part of the Job Description» [La crianza: pensar es parte de la descripción del puesto de trabajo]. Escribieron que «las madres no paraban de pensar mientras desempeñaban su trabajo».¹⁶

Tengo amigas que trabajan en la universidad y me dicen: «Algunas preferimos usar el cerebro. Nos gusta pensar». Es difícil de explicar. ¡Yo sí pienso! [niña, 23 meses]

Cuando la gente me dice que no podrían ser madres a jornada completa porque les gusta pensar, me hierve la sangre. Me tengo que contener para no responder: «Estupendo, pues nos intercambiamos y te quedas con mis hijos una mañana. A ver si tienes que pensar o no». [niña, 5 años; niña, 2 años; niño, 10 meses]

Normalmente, los trabajos más difíciles exigen una gran cantidad de pensamiento inteligente. Sin embargo, no es muy habitual que asociemos el pensamiento con la labor materna. De hecho, muchas madres se quejan de que la maternidad las ha cambiado y que ahora «no pueden» pensar. El cambio comienza durante el embarazo, cuando muchas tienen episodios de olvidos o de quedarse soñando despiertas. «El cerebro no me funciona», se quejan. Se sorprenden de no poder seguir pensando en el modo de resolución de problemas habitual y temen haber perdido para siempre la capacidad mental necesaria para desempeñar su trabajo remunerado.

Es posible que haya momentos en que parece que una mujer embarazada está soñando despierta. En ese caso, si alguien le pregunta en qué está pensando, se sobresalta y responde: «En nada». Pero ¿de verdad no piensa en nada o es que resulta difícil de explicar?

Hace una semana estaba paseando yo sola y me sentí muy rara. ¿En qué pensaba antes de tener a mi hijo? [niño, 2 meses]

No hay momento en que no piense en mi hijo. Lo tengo siempre en la cabeza, pero me cuesta expresarlo con palabras. [Mientras hablaba, tenía al niño en brazos y lo distraía con un juguete móvil.] Es lo más duro que haya hecho nunca. Mi hijo cambia constantemente. De un momento al siguiente. Ahora no puedo más que sentir admiración por las madres. Lo que hacen las madres queda en silencio. Nadie habla de ello. [niño, 3 meses]

Mi hija necesita un tipo de atención especial, tanto mental como física. No dejo de pensar en ella. Cuando estoy en el trabajo, siempre puedo ir un poco más allá, por cansada que esté. Mi hija me activa algo espe-

cial en el cerebro. Al final del día, estoy exhausta y no puedo dar un paso más. [niña, 16 meses]

Gran parte del pensamiento maternal gira en torno a preguntas. «Formular preguntas es clave en la forma más avanzada del ejercicio de la maternidad», escribió la psiquiatra estadounidense Mary Field Belenky.¹⁷

Mi cabeza es un hervidero de preguntas que no me había formulado jamás antes de tener un bebé. Por ejemplo, ¿qué es una «persona»? ¿Cómo puedo hacerlo lo mejor posible para mi hija? [niña, 15 meses]

Tomes las decisiones que tomes como madre, siempre hay momentos en los que dudas de ti misma y te preguntas si lo estás haciendo bien o no. [niña, 3 años; niño, 19 meses]

Yo: ¿Y qué me dices tú, M.? Tienes tres hijos. ¿Te sigues haciendo preguntas o ahora ya tienes las respuestas?

Madre: Me sigo haciendo preguntas. A cada minuto del día. Hay tantas cosas que preguntarse. [niña, 5 años; niño, 3 años; niño, 11 meses]

Todo el mundo dice que las madres «lo saben todo». Lo que nadie sabe es cómo acumulan tanto conocimiento. Tienen muchas preguntas, pero muy pocas respuestas obvias.

Antes me ayudaba decir: «No sé qué hacer». Se lo decía a los niños y, así, evitaba tener que ser siempre la experta. Y sigue siendo así. Te sigues preocupando por los mayores, solo que ahora te preocupas por cosas distintas. Mi hijo pequeño no quiere estudiar. Dice que no quiere y punto. No sé qué hacer al respecto. [niña, 21 años; niño, 18 años; niño, 15 años]

Se suele acusar a las madres de ser demasiado insulares y de pensar únicamente en sí mismas y en sus familias. Sin embargo, es imposible que sea verdad, porque el radio de sus preguntas se amplía rápidamente y abarca cuestiones universales.

Ahora miro a niños más mayores y pienso: mi hijo será uno de ellos. Y eso ha hecho que mire de otra manera a las pandillas juveniles. Todos esos adolescentes fueron bebés. [niño, 3 meses]

Cuando oigo las cosas terribles que hacen algunas personas, pienso que también fueros *bebés*. ¿Cómo han llegado a ser lo que son ahora? ¿Qué les ha sucedido? [niño, 5 meses]

¿Cuándo asumir riesgos por el futuro mundo que heredarán tus hijos? [Era periodista y se refería a zonas peligrosas donde su vida podía correr peligro.] ¿Y cuándo mantenerte a salvo por tus hijos? No sé cómo responder a estas preguntas. [niño, 21 meses]

Dado que las madres suelen acusar falta de sueño, en muy raras ocasiones tienen la energía necesaria para ahondar en sus preguntas realizando un análisis claro o investigando. Alegan que tienen que «seguir adelante» y punto. Sin embargo, muchas de sus preguntas sí que necesitan respuesta. Con frecuencia, las respuestas van apareciendo por etapas, a medida que las madres prueban cosas para ver si funcionan o no.

Los bebés parecen sabios y vulnerables al mismo tiempo, y las madres quieren hacer lo mejor para ellos. Pero la cuestión es ¿qué es lo mejor? Quizás hayan leído mucho sobre lo que es «bueno para los bebés», pero lo más habitual es que cada bebé tenga sus propias ideas acerca de lo que le conviene; por ejemplo, si quiere que lo pongan a dormir esa siesta que supuestamente necesita. Cuando su madre lo mete en la cuna y empieza a llorar, desesperado, es muy posible que ella quiera consolarlo y que todas las teorías previas le parezcan irrelevantes en ese momento.

Soy profesional sanitaria y tengo mucha experiencia en salud pediátrica, así que pensaba que estaba muy preparada. Sin embargo, cuando mi hijo se altera, es como si se me olvidara todo lo que sé. Se va a otra parte del cerebro. La semana pasada me di cuenta de que no sabía nada y de que tenía que volver a empezar. Así que ahora estoy empezando a

observar a mi hijo para intentar entender qué me quiere decir. [niño, 3 meses]

Hay una gran diferencia entre una profesional experta en salud infantil y la respuesta emocional inmediata de una madre, que puede ser más rápida que el pensamiento. Quizás está concentrada planificando algo cuando su bebé grita con fuerza, y lo coge en brazos de inmediato. El llanto la ha sobresaltado y ha actuado sin pensar. Entonces se cuestionará a sí misma. ¿Ha hecho bien en cogerlo? ¿Es lo que hubiera hecho su madre con ella? ¿Ha de responder una madre cada vez que su bebé llora? La maternidad puede parecer un torrente de preguntas sin respuesta.

¿Se cuestionan tan a fondo todas las madres? Es difícil saberlo con seguridad. Sin embargo, es posible que a una madre le cueste pensar en su bebé si está demasiado preocupada por «fallar» como madre. Las preocupaciones de este tipo la llevan a centrar toda su atención en sí misma. En un ensayo muy interesante, titulado *Learning to think*, el profesor de pedagogía W. D. Wall identificó la ansiedad como uno de los principales obstáculos para el aprendizaje, sobre todo cuando se trataba de ansiedad relacionada con el miedo al fracaso.¹⁸ Muchas madres describen justo este tipo de ansiedad.

Estoy tan ocupada escuchándome a mí misma que no puedo prestar atención a mi hijo. Pienso sin cesar: ¿Por qué llora mi niño? ¿Qué debo hacer ahora? No sé qué hacer. No sé qué quiere. Sin embargo, tengo que aprender a acallar mi voz y a «escuchar» lo que me dice. [niño, 3 meses]

¿Cómo escuchan las madres a sus bebés? ¿Pueden aprender a pesar de la ansiedad? ¿Cómo pueden empezar?

Imaginemos a una madre con su recién nacido. Acaba de darle el pecho. Ahora, se le giran hacia arriba los ojos y se le caen los párpados. Suspira. Parece que está a punto de dormirse. Su madre lo mece con suavidad. Entonces, de repente, abre los ojos de par en par, abre

la boca y gira la cara con insistencia, buscando el pecho. «Pero si acaba de comer —piensa—. Es imposible que vuelva a tener hambre tan pronto. Yo no tendría hambre tan pronto después de haber comido tanto. Bueno, supongo que yo no soy un bebé. Quizás un bebé sí puede tener hambre tan pronto.»

Este razonamiento refleja un salto mental considerable. La madre es adulta, hace mucho tiempo que fue un bebé y, sin embargo, ha sido capaz de pasar de pensar en cómo se sentiría ella a imaginar lo que puede sentir su bebé. Solo es una suposición y quizás se equivoque, pero lo intenta. El profesor Wall observó que el aprendizaje comienza cuando alguien ve un problema que quiere resolver. Esta madre vio el hambre de su bebé como un problema. Otra podría haber pensado: «Aún no le toca comer», lo que significaría que ya cuenta con una respuesta para esta situación, por lo que no ve ningún problema que resolver ni nada que aprender.

La primera madre empieza a resolver el problema cuando se pregunta qué podría estar sintiendo su bebé. Quizás no parezca mucho, pero lo cierto es que supone un gran paso adelante como madre. Está aprendiendo que la relación con su hijo no se basa solo en las semejanzas. El aprendizaje está en darse cuenta de que, en ocasiones, su hijo será distinto a ella.

En ese momento, la madre puede aceptar que sí, que quizás su hijo quiere comer. ¿Qué debería hacer al respecto? ¿Debería darle de comer inmediatamente? Estaba pensando en salir a dar una vuelta con él. ¿Debería enseñarle a esperar? Es posible que no tenga tiempo para formularse todas estas preguntas con palabras, pero sus acciones denotarán una decisión y el bebé aprenderá de su madre. Están manteniendo una «conversación».

Quizás parezca una conversación muy simple, pero la vida del bebé depende de ella. Es muy poco probable que él haya asociado ya una sensación corporal dolorosa a su deseo de comer. Necesita que su madre adivine qué quiere y que entonces decida si se lo da o no. Incluso si no tiene hambre, su madre no se puede relajar y olvidarse de él. Este necesita que lo mire y que piense en él mientras esté despierto.

Al final, esto acabará dando autonomía a la madre. No la autonomía de su vida anterior, pero sí de otro tipo. Cuanto más aprenda de su hijo, menos necesitará consultar manuales de crianza para que le digan qué hacer en su día a día y menos se preocupará de si otras madres amigas suyas toman decisiones diferentes a las que toma ella. A medida que descubra más cosas acerca de su bebé, y su bebé acerca de ella, los dos aprenderán a resolver las cosas juntos.

Cuando mi hija tenía un mes, mi marido volvió al trabajo y yo descubrí que no había manera de dejarla en la cuna. Al principio se me hizo muy difícil. Sin embargo, luego pensé que no había «necesidad» de dejarla en la cuna. Era yo la que pensaba que era necesario hacerlo. Entonces, lo pensé más detenidamente y decidí que no había nada que hiciera que meterla en la cuna mereciera la pena. Si ella era feliz, yo podía ser feliz. Y tenerla en brazos era una manera fácil de hacerla feliz. No había nada más importante que eso. No lo pensé con tanta claridad como lo explico ahora, pero pasó así. [niña, 15 meses]

Durante las primeras semanas, los bebés apenas son capaces de levantar la cabeza y, sin embargo, no les gusta aburrirse y tienen muchas ganas de aprender acerca de todo lo que les rodea. He visto a madres rebuscar en una caja de juguetes y elegir una campanilla o cuentas de colores, adivinando con precisión qué le gustará a su hijo. El bebé necesita que su madre sostenga el objeto a la distancia exacta para que lo pueda observar, porque aún no puede hacerlo solo. Cuando su madre le enseña el objeto, abre los ojos y patalea de emoción. A continuación, todo su cuerpo se detiene para demostrar interés.

Con el tiempo, la madre es capaz de hacer observaciones como «debe de tener hambre» o «creo que está aburrido». Aunque es posible que lo diga con entonación de duda, está «casi» segura. Está empezando a reconocer las necesidades y los estados de ánimo de su hijo. Está comenzando a entenderlo y a distinguir entre las señales de hambre o de cansancio, o su necesidad de estimulación, entre muchas otras cosas. Así que sale del caos y se establece cierto orden.

P. conducía. Era un viaje largo y mi hijo estaba en su silla, atrás, haciendo mucho ruido. Ese largo viaje se nos estaba haciendo difícil tanto a P. como a mí. Y entonces me di cuenta de que al niño le pasaba lo mismo. En ese momento pude dejar de escuchar lo que hacía como un ruido horroroso y entenderlo desde su punto de vista, es decir, que el viaje le estaba resultando tan difícil como a nosotros. [niño, 6 meses]

Cada vez que la madre reflexiona acerca de algún aspecto de su bebé y entiende algo mejor su conducta, experimenta un momento eureka que la inunda de energía. A su vez, esta energía permite que reconozca a su bebé como a una persona capaz de razonar, igual que ella.

Al pensar en él, muchas veces tiene que dejar a un lado los pensamientos acerca de sí misma. Pueden ser pensamientos básicos como «tengo sed y necesito ir al lavabo» o «vamos a ver si tengo algo limpio que ponerme hoy». Estos pensamientos han de esperar hasta que tenga tiempo para ellos. Entonces pueden resultar tranquilizadores. Le recuerdan que es una persona independiente.

Mi amiga me llamó para preguntarme si podía venir a mi graduación [en la universidad]. Y menos mal, porque era al día siguiente, pero se me había ido por completo de la cabeza. [niño, 6 semanas]

Centrarse en el bebé con tanta intensidad contradice la creencia actual de que las mujeres deben atender sus propias necesidades y ver las cosas desde su propio punto de vista. Sin embargo, parece que, al principio, las madres hacen justo lo contrario y se centran tanto en sus bebés que prácticamente se olvidan de sí mismas.

P. me pregunta constantemente cómo estoy. Y le respondo que todo depende de cómo esté nuestro hijo. Tengo la cabeza puesta totalmente en él y me olvido de mí misma. [niño, 8 meses]

Mientras la madre está tan centrada en el niño, este la estudia atentamente y aprende cómo es su mundo adulto. Desde el punto de

vista del niño, gran parte de lo que piensa tiene que ver con su madre. Al principio, entenderla tiene que ser muy complicado. Hay veces en que llora y descubre que a continuación recibe gran cantidad de afecto y atención maternas. Pero hay otras en que llora exactamente de la misma manera, pero le dicen que se calle. Hay momentos en que parece que ambos tienen que darse muchísima prisa. Luego, un poco después, su madre desacelera y, sin motivo aparente, él se tiene que esperar. Los bebés pasan largos periodos de tiempo esperando, por motivos que no pueden entender. En esos momentos, las madres están centradas en otras responsabilidades.

No todo el mundo opta por ser sensible a las necesidades del bebé. Hay personas que cuando oyen llorar a un bebé, no le hacen caso y dicen que lo hace para «llamar la atención». Por casualidad, una madre se encontró en una situación parecida. La ayudó a entender la gran diferencia que puede marcar que te presten atención.

La semana pasada tuve que ir a urgencias [con un dolorosísimo cálculo biliar]. Me dejaron en una especie de cubículo, con un montón de personal atareado a mi alrededor. Más tarde supe que estaban haciendo todo lo necesario y que me atendieron bien, pero de repente me di cuenta de lo que debe de sentir un bebé cuando nadie le hace caso. Me hubiera ido muy bien que alguien se hubiera parado un momento para preguntarme cómo estaba. [niño, 7 meses]

Parece una toma de conciencia muy útil. Los bebés, al igual que los adultos, quieren estar en contacto con las personas que los cuidan.

Normalmente, una madre puede prestar más atención que el atareado personal de un hospital. Cuando piensa intensamente en su bebé, es como si el bebé se diera cuenta de ello. ¿Por qué no reconocemos más este fenómeno? ¿Por qué en la descripción del trabajo de una madre no se incluye la tarea de pensar? Quizás sea porque el pensamiento es invisible. Aunque muchas madres aprenden a usar la inteligencia para entender a sus bebés, parece que no se dan cuenta de lo que consiguen.

Cuando mi hija tenía una semana, mis suegros vinieron de visita. Estuvieron encima de ella «todo» el tiempo. Al cabo de un rato empezó a llorar y percibí en el llanto un sonido de desesperación que no había oído antes. Todos le preguntaban si tenía gases, si le dolía la tripa... Y yo quería gritar: «¡No! ¡El problema sois vosotros!». Esa es una de las cosas que ahora desearía haber hecho de otro modo. [niña, 7 meses]

Dicho de otro modo, al cabo de solo una semana, esta madre ya había aprendido tanto acerca de su hija que supo inmediatamente que si estaba irritable no era porque tuviera gases ni le doliera la tripa, sino por la sobreestimulación de las visitas. Sin embargo, no se detuvo a valorar ese conocimiento recién adquirido. La emoción dominante era la vergüenza por no haber tenido el valor de proteger a su hija. No era consciente de que había «adquirido» ese conocimiento tan íntimo acerca de su hija.

Este conocimiento se actualiza continuamente. Los bebés se desarrollan tan rápido que sorprenden a todo el mundo. Muchas veces, las madres descubren por casualidad que sus hijos han dado un salto evolutivo y que deben actualizar sus ideas en consecuencia. Cada cambio suscita preguntas nuevas.

Ahora he pasado a otra etapa como madre. Mi hijo gatea, así que tengo que mantenerlo a salvo. Antes lo dejaba explorar, porque era su manera de aprender, pero ahora puede llegar a sitios más peligrosos. Mi dilema es que cada vez que lo rescato y evito que se haga daño, le privo de una oportunidad de aprendizaje. [niño, 9 meses]

Los bebés cambian y las madres aprenden a adaptarse. Es posible que se encuentren con que tienen que cambiar de plan de un momento para otro, por lo que no tiene sentido planificar jornadas ambiciosas. ¿Cómo se adaptan las madres a más de un niño a la vez?

Yo: ¿Cómo puedes estar al tanto de los tres niños y de ti misma?

Madre: No lo hago. Ni siquiera sé qué quiere decir «estar al tanto». Siento empatía por los tres, «siento» lo que querría cada uno. Pero haga

lo que haga, nunca es lo adecuado para todos. [niña, 5 años; niño, 3 años; niño, 15 meses).

Centrarse en cada uno de sus hijos puede significar tener tanto en qué pensar que la madre siempre va a toda prisa. Muchas describen momentos de caos en los que pensar en sus hijos les resulta abrumador.

Salir es toda una operación de logística. Ni siquiera tengo tiempo de acordarme de coger mi abrigo. ¿Tengo todo lo del niño? ¿Me he acordado de todo lo que necesitará la niña? Entonces, abro el bolso en las escaleras, para comprobar que tengo la tarjeta del autobús, y todos los bocadoillos que he hecho para el paseo se desparraman por el suelo. [niña, 22 meses; niño, 4 meses]

Salir significa que la madre ha de tener en cuenta los valores sociales. Al fin y al cabo, tiene un rol público, además del privado. El rol privado tiene que ver con la relación que está forjando con su hijo. Sin embargo, también ha de ejercer como una especie de parachoques entre el niño y otras personas, para intentar evitar tanto situaciones en las que el niño pueda molestar a los demás como que la gente altere demasiado a su bebé.

Mi hija es bastante escandalosa. Me di cuenta en el autobús. Para mí, es un sonido agradable, porque significa que está contenta y disfruta, pero soy consciente de que para el resto de pasajeros puede ser un ruido muy molesto. ¿Debería hacerla callar? [niña, 7 meses]

Estaba riñendo a mi hijo en un grupo de juegos cuando me di cuenta de que no lo estaba haciendo por él, sino para que el resto de madres pensaran bien de mí. Mi hijo no entendía nada. Yo quería demostrar al resto de madres que me tomaba en serio la conducta de mi hijo. [niño, 3 años; niña, 9 meses]

Hay situaciones en las que una madre que conoce bien a su hijo se puede encontrar sola defendiendo lo que cree que es mejor para él.

No siempre se trata de acomodarse a las convenciones sociales a expensas del niño.

Esta semana [el comienzo del primer trimestre de su hijo mayor en la escuela] he tenido a casi toda la escuela presionándome para que me despidiera de mi hijo mientras lloraba. Jamás le he dejado solo cuando llora. Así que me he mantenido firme. Creo que ha sido la primera vez en mi vida que lo he hecho. Les he dicho que estoy intentando que mi hijo se sienta seguro de sí mismo y que me quiero asegurar de que le «encante» ir a la escuela. No quiero que le coja fobia a la escuela. [niño, 4 años; 2 niños, 13 meses]

Como insistió y explicó tan bien el motivo de su insistencia, logró que el personal de la escuela la escuchara y le diera tiempo para calmar a su hijo por la mañana antes de dejarlo. Y tal y como ella había previsto, muy pronto empezó a ir encantado al colegio.

Todas estas acciones (observar al recién nacido, aprender a entenderlo, mantener «conversaciones» con él, actualizar continuamente la lista de «riesgos» o resolver interacciones problemáticas con terceros) forman parte de la crianza. Exigen pensar con inteligencia en todo momento.

Sin embargo, ¿de verdad hay que pensar tanto? ¿De verdad merece la inversión de tiempo y energía de millones de madres que retrasan su reincorporación al mundo laboral? ¿Acaso los niños no saldrían perfectamente bien con una cuarta parte de toda esa atención materna?

Responder a estas preguntas es muy complicado, aunque eso no ha impedido a los investigadores intentarlo. No podemos introducir en el ordenador una lista de conductas maternas y sumarlas para ver qué resultado preciso obtenemos. Los niños son sensibles y responden a todo tipo de influencias. Tampoco podemos subestimar todo lo que hacen las madres.

Las madres dudan acerca de la valía de su labor.

Mi hijo es maravilloso, pero la verdad es que no sé si he contribuido a ello o si es así por naturaleza y habría sido así de maravilloso igualmente. [niño, 10 meses]

Esto nos devuelve a la pregunta anterior acerca de las madres en las cafeterías: si están descansando, ¿de qué se supone que están descansando? ¿En qué consiste exactamente su trabajo? ¿Qué producen?

A diferencia de muchos trabajadores, las madres no nos pueden mostrar un resultado específico. No hay nada así como un «niño terminado». Y, sin embargo, el trabajo de una madre es incesante. Ostenta un puesto de gran poder sobre una persona dependiente. Cómo use ese poder es de una importancia crucial. Todas las madres toman decisiones, tanto si son conscientes de ello como si no. Y esas decisiones, que en el momento pueden parecer triviales o apresuradas, son muy importantes.

Con cada hijo, la madre se enfrenta a los elementos básicos de la naturaleza humana. Todos los bebés nacen con el potencial para ser bondadosos o para ser crueles. Un recién nacido está en un momento de sensibilidad, inexperiencia e impresionabilidad máximas. Si su madre lo trata con crueldad, es muy probable que se retraiga para defenderse y que levante un muro para protegerse de ella y de otras personas. (También se puede retraer por circunstancias ajenas a la madre.) Si lo trata con amabilidad, aprende a entenderlo y disfruta de su compañía, este responderá con todo el afecto apasionado del que es capaz una persona nueva.

Juntos, la madre y el bebé crean una conversación preverbal. El bebé aprende a entender a su madre y se siente comprendido por ella. Esto le otorga la confianza necesaria para «hablar» con el resto del mundo. A pesar de que no es un resultado final, porque el bebé se seguirá desarrollando, esta capacidad de comunicación es ya un logro. Y, sin embargo, carecemos de una palabra con la que expresar cómo lo ha ayudado su madre.

La madre comparte la historia de su hijo y piensa en su futuro. A través de ella, ha pasado de ser un recién nacido desconocido a ser

una persona con un pasado único y toda una historia vital por delante. El pensamiento de su madre le ha ayudado a sentirse conectado con ella, pero también a diferenciarse y a saberse entero y real. Y eso lo ayuda a relacionarse con los demás.

Aún recuerdo lo que es tener tres años. Mi hijo es muy distinto. Tiene mucha más seguridad en sí mismo de la que yo tuve jamás. Así que, al menos, puedo ver adónde ha ido a parar toda esa labor maternal. Es muy sociable y extrovertido. Habla con todo el mundo. [niño, 3 años; semana 37 de gestación]

Hace cinco años que camino con la mirada pegada al suelo. De repente, ahora puedo levantarla y ver adónde está yendo todo. Mi hija puede relacionarse con otras personas. A mí me resulta muy intenso, pero luego pienso que no, que es normal. Mi hija se relaciona con los demás con normalidad. A mí me sigue costando, pero imagino que el trabajo de una madre consiste en eso. [niña, 5 años; niño, 3 años; 2 niños, 14 meses]

Este tipo de niños son afectuosos y amistosos. Pueden hacer por nosotros lo mismo que sus madres han hecho por ellos: pueden pensar en nosotros. Pueden ver que somos personas distintas, pero que estamos conectados. Se pueden relacionar con nosotros en tanto que personas.

Los bebés se pueden relacionar con los demás mucho antes de aprender a hablar y, a veces, lo hacen con completos desconocidos. «¡Hola! —exclama alguien que pasa junto al bebé—. Lo siento, no he podido evitar decirle “Hola” a su hijo, ¡me ha mirado con tanta simpatía!», o «¡hola, guasón! ¿A qué viene esa sonrisa?». Pueden enviar señales sociales incluso si están de mal humor: «¡Anímate! ¿Cómo es posible que estés tan enfurruñado con lo pequeño que eres?». Desde muy pequeños, y al margen de su madre, los bebés entablan sus propias relaciones con otros miembros de la comunidad humana.

Al mismo tiempo, muchas madres empiezan a verse a sí mismas de otra manera. Cambia su punto de vista. Al mirar a sus bebés, se

dan cuenta de que, a pesar de las diferencias superficiales, todos somos iguales. Compartimos una «humanidad común» que nos conecta. Esto es algo que las madres descubren por sí mismas. Sin embargo, casi nunca se dan cuenta. La periodista Lucy Cavendish cita a una madre a tiempo completo furiosa: «Nadie nos hace caso. Las mujeres que trabajan nos miran con desdén, como si fuéramos tontas y no fuéramos mujeres plenas, como si estuviéramos atadas a los fogones. Pues bien, nosotras, estos seres inferiores, somos las que hacemos el trabajo duro, somos las que estamos criando a la siguiente generación con valores reales, con modales y con humanidad».¹⁹

Por suerte, parece que hay muchas madres que crían a sus hijos para que reconozcan esta humanidad compartida. Estas madres están marcando una diferencia inmensa. La seguridad de toda la civilización humana, la política y la paz dependen de que haya suficientes personas capaces de pensar en otras que viven en situaciones distintas a las propias y de darse cuenta de que también son humanas. Criar a un hijo en una situación política tensa puede ser muy difícil cuando la oposición se representa como algo aterrador y subhumano. Algunas madres que se encuentran en este dilema enseñan a sus hijos a demonizar a los del otro bando. Sin embargo, necesitamos entender la conducta del enemigo, porque no siempre es lo que parece. Las amenazas de agresión pueden no ser más que un acto de chulería. Las actuaciones sumisas pueden ser conductas pasivo-agresivas. Muchos de los crímenes y de las guerras que sufrimos son el resultado de personas que no se entienden, que malinterpretan señales y reaccionan con hostilidad porque se sienten amenazadas y tienen miedo.²⁰

Si reconocemos el buen trabajo que están haciendo estas madres y nos damos cuenta de que nosotros podemos ser los primeros beneficiados de una nueva generación de adultos capaces de demostrar humanidad y sensatez, tenemos que aceptar que ese trabajo exige tiempo. Por supuesto, desde el punto de vista de un empresario o de un compañero de trabajo, la baja de maternidad o la reducción de jornada pueden ser muy inoportunas. Y no digamos si, de repente, la madre decide renunciar al trabajo.

Esto nos plantea otro problema: si la crianza de los hijos tiene un valor real, ¿no deberían las madres recibir una compensación económica por asumirla? ¿No deberían tener derecho a solicitar una retribución? No todas las madres quieren dedicarse a ello. Algunas quieren mucho a sus hijos, pero creen que dedicarse a criarlos no es lo suyo.²¹ Otras disfrutan estando con sus hijos siempre que puedan combinarlo con un empleo retribuido. Una minoría se puede permitir cuidar de sus hijos sin ingresos adicionales. Sin embargo, son muchísimas más las que constatan con desesperación que no se pueden permitir atenderlos durante tanto tiempo como desearían. Es muy difícil que una madre pueda ahorrar dinero suficiente con antelación, porque hasta que no nazca su hijo no sabrá lo que siente. Algunas madres creen que se sentirán atrapadas si tienen que cuidar a sus hijos durante seis meses, solo para descubrir que ni siquiera un año les parece suficiente. Otras no pueden esperar ni un día más para reincorporarse a su empleo retribuido. Por lo tanto, necesitamos urgentemente un sistema flexible. Es inconcebible que tantas mujeres que desean hacer esta labor fundamental no puedan desempeñarla solo porque no se lo pueden permitir.

Es posible que la crianza de los hijos pueda parecer una extravagancia. Los niños necesitan gran cantidad de atención y cuidados al principio de sus vidas. Sin embargo, si como sociedad fuéramos capaces de entender que merecerá la pena, deberíamos empezar a pensar a largo plazo.

No puede ser tan complicado. ¿Por qué, entonces, nadie ha abordado la financiación de las madres? En la actualidad, las madres no pueden mejorar su situación porque su labor se malinterpreta. La sociedad lo percibe como un descanso del «trabajo de verdad» y como una opción blanda, lúdica y apenas exigente. Nunca se ha reconocido la gran cantidad de «pensamiento» inteligente que exige la crianza de los hijos. «Es una gran pena que la tarea [de criar a los hijos] esté tan mal descrita, sentimentalizada y devaluada.»²² Esta frase pertenece a un artículo de investigación que Sara Ruddick publicó en 1983, pero cuya conclusión sigue vigente hoy.

La economista feminista estadounidense Nancy Folbre afirmó que los «cuidadores principales» (término que alude, casi en su totalidad, a las madres) realizan una labor necesaria y deberían recibir apoyo económico. «Cuando [un niño] llega al mundo, todos tenemos algo que ganar si consigue desarrollar todas sus capacidades.»²³ Sin embargo, Marilyn Waring, una feminista neozelandesa, hace una afirmación que da mucho que pensar en su libro con el revelador título de *Counting for Nothing: What Men Value and What Women are Worth* [Un cero a la izquierda: lo que los hombres valoran y lo que valen las mujeres]. Afirma que las madres «ni siquiera están en el ciclo económico».²⁴

El primer paso para cambiar esta situación es que reconozcamos el verdadero valor que tiene la crianza de los hijos. Debería ser un «cero a la derecha» y se merece que se considere un trabajo difícil. También se ha de diferenciar del trabajo de los cuidadores profesionales. Los niños pueden aprender lecciones muy importantes de ellos, pero son lecciones distintas. Lo que las madres aprenden a dar y lo que los niños aprenden de ellas es muy específico, tal y como veremos en los siguientes capítulos.

Resulta muy interesante que, con frecuencia, la gente se refiera a sus proyectos laborales como sus «bebés». En general, la gente suele ser mucho más respetuosa y comprensiva cuando alguien tiene un bebé «simbólico». Parecen aceptar que exigirá mucho enfoque mental, energía emocional y tiempo, y que el resultado final será valioso.

Sin embargo, ese bebé simbólico no se puede materializar, a menos que las madres trabajen con bebés reales. Todas nuestras transacciones se basan en ideas compartidas y en la confianza. Dependen de que suficientes madres aprendan a comunicarse con sus hijos. Si no hay madres suficientes que desempeñen este trabajo, el hiato puede dar lugar a una generación de adultos confundidos y desconfiados que escuchan con impaciencia opiniones distintas a las propias y que apenas confían en las decisiones ajenas.

Para empezar, deberíamos cambiar el lenguaje. Lo que llamamos

«baja de maternidad» debería llamarse «trabajo de maternidad». Y si (o con más frecuencia, «cuando») la madre también desempeña un trabajo remunerado, tanto si es a jornada completa como a media jornada, deberíamos reconocerlo como «madre con trabajo dual» o «madre pluriempleada».